

# Las guaraperías de San Fernando



**María Carmenza Rodríguez Vargas\***

*carmenza117@latinmail.com*

... “voy a llamar a la ‘pulicia’ y le voy a decir que usted, usted y usted están tomando y le voy a decir que se los lleve a todos”, dijo Camilito al pasar corriendo del puesto de chance de su abuela para detenerse en la guarapería donde suele “levantar el codo” su papá. Su dedito acusador señaló a todos, incluyendo al dueño del ‘chuzo’, como se refieren al establecimiento algunas señoras inconformes y estiradas, convencidas de que en la cuadra donde sobresalen sus casas de tres pisos y cortinas caras en ventanales que dejan ver la flamante sala, el solar y su siempre bien arreglado *French Poodle*, no deberían existir sitios de tan baja categoría, que sólo traen vicios y perversiones al vecindario.

El cucunubá es una de las atracciones que más atrae clientes a las guaraperías. El juego consiste en deslizar una esfera de hierro por una mesa de 42 centímetros de altura y 1,5 metros de longitud, con el fin de meterla en algún agujero. Los agujeros tienen diferente valor: en algunos cucunubá van desde el 100 hasta el 2.000, en otros (más avanzados) hasta el 4.000. Los jugadores, que pueden ser de tres a cinco, deciden la cantidad de puntos para ganar. Se recomienda lanzar con poca fuerza la esfera, para evitar que choque con los espacios que separan los agujeros y que se salga de la mesa, pero impulsarla para que alcance los agujeros y no quede en la mitad del camino. En ese caso otro jugador toma el turno.

## ◆ ‘Donde James’

‘Donde James’, le dicen los jóvenes que le tienen confianza; a él le gusta el apodo porque lo hace sentir un ‘pelado’. Su tiendita sirve de garaje de domingo a jueves a su hijo, un *man* de ojos un poco rasgados, con saco y corbata, el cabello como electrizado por una mediana corriente de gel o de aguadepanela con limón. Como buen vendedor de carros y acce-

▶▶ \* Estudiante de la Universidad Pedagógica.  
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

sorios, equipó “la nave” —un Chevrolet Stim—, lo mejor que pudo: vidrios polarizados, rines de lujo, sonido potente y un reproductor de DVD y CD. Algunas veces lleva a sus compañeros de trabajo al negocio de su papá, pero se quedan afuera para poder escuchar mejor música que la que ponen en la tienda, algo más *cross over*; desde la canción despechada del Charrito Negro, pasando por todos los vallenatos de los Diablitos y el Binomio con Rafael Orozco, hasta las más desgarradoras baladas de los Guns'n Roses y Metallica. Para todos los gustos.

Entonces ¿cómo caben el cucunubá y la rana, las canastas de cerveza, una pequeña barra y diez pendencieros jugadores en un espacio tan reducido? Fácil, el cucunubá está pegado a la rana, como una avenida al lado de un edificio, la barra sostiene las canastas de cerveza, sin contar que arriba hay una elegante repicita donde están expuestas unas inútiles botellas de cervezas extranjeras: *Danish Beer*, *Quilmes* y *Tigger Irish Beer*, que el hijo del dueño consiguió en un almacén de importados, “*pa’ probarlas sólo una vez porque eso sí, siempre cuestan su platica*”, dice James, que se caracteriza por usar un cinturón con una chapa grande, en el que carga al lado derecho su celular —un Nokia 1100— y al lado izquierdo un metro (que usa en su trabajo diurno de ornamentador). Extrañamente, entre tantas marcas foráneas, una Club Colombia salva la patria. Las botellas contrastan con un bonito florero de cristal lleno de tapas de Coca-Cola de todos los tamaños, sobre todo familiar.

El elemento más significativo que toda casa y negocio deben tener como “amuleto de prosperidad” es la espiga con sus reglamentarios siete granos: arveja, fríjol, garbanzo, lenteja, cebada, maíz y arroz; el bultico de café, los dos campesinitos con su ruana, sombrero, alpargatas y sin ojos, y el toque coqueto de una hermosa cinta rosada con líneas doradas que da la impresión de estar atando aún la trenza de su artesana.

Al lado de las canastas y la barra está estratégicamente ubicado un orinal con dos muros de metro y medio de altura, apenas para tapar al ‘amiguito’ pintado de color crema y unas baldosas amarillentas y agrietadas, como si los meados tuvieran la propiedad química de destruir las losas y surcar sus propios caminos hacia el sifón, lleno de ceniza y colillas de cigarrillo.

¿Y qué de los diez pendencieros jugadores? Acomodándose en el lugarcito, tres de ellos están pegados contra la pared al lado del afiche de ‘La Chica Águila’ y del típico letrero “*Hoy no fío, mañana sí*”, que amenazan tumbar con la cabeza. Otro más está tirando las argollas hacia la rana inestable que se mueve de vez en cuando y a la que toca ponerle unas tapas de cerveza en las patas para equilibrarla. Otro está deslizando la esfera por el tapete del cucunubá diciendo: “*¡Ojo, que aquí va el cien!*” (porque siempre le faltan cien para ganar). Otros tres están entre la barra y la repisa, casi arrodillados para no tropezar con el florero de las tapas. El noveno, como es obvio y necesario después de cinco cervezas, está en el orinal mirando al que lanza las argollas a la boca de la rana, recostado en uno de los muros y sosteniendo al ‘amiguito’. Y el décimo es el menor de edad, de 17 años, que está afuera de la tienda para cuando pase la Policía, como ‘Pedro Navajas’, salir ‘volao’.

## ♦ 'Donde El Tolima'

El campo de tejo El Villetano es más conocido como 'Donde El Tolima'. Don Lisandro Mesa — se presenta él— es una versión más alta de Mario Bros, con camisetas amarilla, manga sisa y cachucha de cerveza Águila, su patrocinador y, sin duda, accionista mayoritario de su negocio. Le dicen 'El Tolima' por ser originario de la región de los tamales, y después de 20 años de haberse ido, aún conserva su acento tolimense. El Villetano cuenta con tres "atracciones" (descontando la cerveza): cucunubá, tejo y videorrocola. Nada mejor que acompañar la cervecita y el juego con buena música: la música del pueblo, del despecho, de la recocha. Por una moneda de \$500, usted podrá disfrutar de los éxitos del momento, de los clásicos y de los corridos prohibidos que no pueden faltar. Después de cuatro cervezas, todos cantan a grito herido sus preferidas. He aquí el *Top Ten* de las más pegaditas en las guaraperías de San Fernando:

10. *La inmortal* Mujeres divinas, del 'Chente Fernández'.
9. *El aventurero*, de Antonio Aguilar, que se canta con el orgullo que caracteriza al "macho".
8. ¿Está usted entrando en los 50?, su canción es *La primera cana*, de Diomedes Díaz, que tuvo que ser su mayor trauma como para volverla tema.
7. Si le gustan las persecuciones, *La banda del carro rojo*, un corrido prohibido que no puede faltar y que ninguno de los clientes sabe de quién es.
6. *Nadie es eterno en el mundo*, de Darío Gómez, el rey del despecho y de las tumbas.
5. ¿Despechado porque lo cambiaron por otro? Por qué no dedicarle *El Muñeco de Vitrina*, de Darío Darío.
4. *Tirana*, también de Darío Gómez, mujer que deja en pañales al emperador Julio César.
3. A todos nos quedó clarísimo que la quiere; sí, es Leo Dan: *Amigo mío*.
2. La reconciliación no es tan difícil, si está de pelea con su novia o esposa llévala donde 'El Tolima' y cántele con sentimiento: *Empecemos de cero*, de Jhonny Rivera.

Esta ya tiene aburrída a toda la cuadra, el vallenato-ranchera-reggetón-champeta *Así de Fácil*, de Otto Serge.

¡Viva la música y, por supuesto, el tejo! El dolor de cabeza de las casas vecinas, no es raro que la señora de la casa rompa un plato, se corte un dedo, suelte la olla del arroz o se pinche con la aguja, cuando escucha el reventar de la mecha que siempre la toma por sorpresa. El tejo es un deporte en el que se presentan algunas relaciones, mientras la vecina asustada dice con rabia "*mecha hijue'puta*", otros con alegría expresan su triunfo usando las mismas palabras "*iiiMecha hijue'puta!!!*" Con el tejo el ama de casa parte la panela, los jugadores, como es obvio, el triángulo de pólvora y de vez en cuando amenazan con "partirle la mula" al que no quiera pagar, todo esto con el mismo objeto.

El campo de tejo es bastante amplio: cuenta con seis espacios para jugar; cuatro para expertos (de larga distancia, aproximadamente tres metros entre cancha y cancha) y dos

para principiantes (1.30 metros de distancia), estos últimos separados por las "rejas de seguridad", que ya están débiles y dobladas en la punta superior. Una ya está rota, como el agujero tiene más o menos el tamaño de un tejo, se creó entre los deportistas la leyenda de que hubo un hombre que logró romper la barrera de un tejazo terrible en una descachada por la "jinchera" y el *man* no volvió para no pagarla, pero al preguntarle a 'El Tolima' si esa leyenda era cierta, solo se rió y me dijo que imaginara la fuerza que debería tener un hombre para romper con un tejo la malla; tendría que tener el brazo de 'Superman'.

Es extraño ver tipos con cartera, pero allí sí los hay. Algunos llevan el estuche de los tejos al hombro, como las mujeres, y otros se lo ponen terciado como los paisas. Hay estuches de todos los colores y estilos: café con la tapa en piel de vaca, negro con figuras precolombinas, blanco, beige. Muchos, para preservar su tesoro y para evitar también que la mujer lo use para partir panela deciden dejarlo en un perchero dispuesto en el lugar; 'El Tolima' sabe de quién es cada uno, pero por seguridad algunos los marcan con una cinta o les tallan el nombre con una puntilla.

Hay muy pocas mesas para sentarse, sólo cuatro, dos en la entrada y dos en la barra. La barra está en un cuarto muy pequeño donde se apilan las canastas de cerveza; sobre ella reposa el cuaderno para anotar a los deudores morosos. Bueno, quién necesita sentarse si hay seis canchas de tejo esperándolo, una rocola con buena música y 'El Tolima' dándole la conversa a todos los clientes, sin contar también que hay que estar atento para correr, porque puede ser posible que el 'Superman' de la leyenda se vuelva a descachar y el tejo le caiga en la cabeza a cualquiera.

Para alivio de la clientela masculina, el campo cuenta con dos urinales ubicados dentro de las canchas para principiantes; son muy pequeños y la base es más alta que 'Donde James'. Los usuarios pueden hablarse de frente, separados por un muro de 1.60 metros de altura. De resto todo es igual: el sifón lleno de ceniza y las baldosas blancas agrietadas.

Las guaraperías en San Fernando no tienen muchas diferencias, ya sea la cerveza a \$1.000 o a \$1.100, sea más grande o más pequeña, haya rocola o grabadora, se caracterizan por dos contradicciones: sus propietarios dicen que abren los fines de semana, aunque desde el lunes se escuche la música y la algarabía; y en todos los negocios se encuentra el letrero de "Hoy no fío, mañana sí", "El que fía no está y el que está no fía", " No fío no insista", pero sus dueños anotan en un cuaderno las cervezas que le fían diariamente a los clientes.

Y hay algo más, algo que siempre van a compartir: las guaraperías son lugares de esparcimiento y relax para trabajadores de clase media baja, que esperan su paga el viernes o sábado para divertirse con sus amigos y familia. Son la comidilla de las viejas chismosas y estiradas. Son el lugar de trabajo de vendedores de chance y empanadas ambulantes. Son el escenario que no le puede faltar a un barrio de estratos 2 y 3. Son su identidad y la mía.